

# GUIÓN

Verbum, lux vera, que illuminat omnem  
hominem...

IOANNES I, 9.

LA existencia de AMICITIA en la comunidad universitaria no responde, como es notorio, a frivolidades intelectuales ni a sentimentalismos doctrinarios. Su misión es rotunda e inequívoca: Servir a Dios, en la Universidad, con la inteligencia. Pero esto, que constituye la formalidad substancial de nuestra revista, no se hace sin una concepción de la Universidad —necesaria por lo demás para dar imperio a la mente— a la que no son ajenos la vida y la doctrina católicas y el Humanismo occidental. Pues, ¿de qué otro modo podría estructurarse una realidad universitaria prescindiendo de ambos universos inteli- bles, Humanidades e Iglesia, fundidos por el Espíritu Santo, con maternal Providencia, en el mismo decurso histórico de nuestra cultura? ¿Cómo podría constituirse una jerarquía universitaria, que participase de la cultura cristiana, que procediera a conferir a la vida intelectual su unidad por esencia, para superar el enciclopedismo filisteo, que significase la posesión de la Sabiduría por operación de la inteligencia, sin el humanismo patrístico, de San Basilio que, en su claustro surcado por auras helénicas, escribió la Epístola a los jóvenes sobre las letras profanas; de San Jerónimo, insólitamente apasionado por Plauto, al punto de conmover de escrúpulos sus entrañas; o del humanismo, uno con aquél, de las Encíclicas romanas, que cita hoy, con acierto pleno y maravilloso, a Horacio junto a San Pedro y a Virgilio junto a San Pablo? No es, por cierto, la última razón de éstas citas el buen gusto o el chispazo de una cultura universalista, sino el reconocimiento simple y verdadero de que el objeto del Humanismo es el hombre, y el hombre, “completo en pies, manos y espíritu”, sujeto de la Redención por la Gracia.

Esto da la pauta de nuestro desbordamiento en la comunidad universitaria: la amistad fundada en la dignidad, belleza y espíritu del Humanismo católico. Humanismo fecundo, germinal y pacífico. Por eso, nada de lo que es humano, como escribiera Terencio, nos es extraño, pero en toda obra humana, aún en la más humilde, aspiramos a ver levantados los trabajos de la creatura por el esplendor de lo divino.

La Dirección.